Lección 7
(13 de Febrero de 2010)

El fruto del Espíritu es bondad

Pr. Emilson dos Reis

El fruto que el Espíritu produce en la vida de aquél que se entrega completamente a Cristo incluye la bondad, que es un aspecto del amor y que se presenta a través de acciones. Aquél que la posee es bueno y hace lo bueno.

En el Antiguo Testamento, la bondad es expresada con el sustantivo hebraico *chesed*, [1] que presenta un aspecto fuertemente relacional. Eso sucede unas 246 veces en el Antiguo Testamento, estando la mitad en los Salmos. Aunque haya sido utilizada para describir actitudes y conductas humanas en sus relaciones, con mayor frecuencia describe la disposición y los actos benefactores de Dios para con aquellos que le son fieles[2] (Éxodo 34:6, 7; Números 14:18, 19; Nehemías 9:17; Salmo 86:15; Juan 4:2, etc.). La expresión "*chesed* de Dios" es una manera del Antiguo Testamento de decir "Dios es amor". [3] El Antiguo Testamento también emplea *tôbh*, que a su vez hace referencia al "bien" o a la "bondad" en una amplia variedad de sentidos. Uno de ellos, bastante importante, hace referencia a la bondad moral (2 Crónicas 31:20; Salmo 34:14), incluyendo la de Dios, a la cual se puede recurrir en busca de perdón (Salmo 25:7) y que debe ser objeto de alabanza (Salmo 145:7). [4]

En el Nuevo Testamento, la expresión empleada para bondad es *agathosune*, derivada de *agathos*, lo que ocurre unas 107 veces. [5] Es una virtud activa que se manifiesta a través de buenas acciones.

La bondad de Dios

---

[1] D. A. Baer, Robert P. Gordom, "*hesed*", *New International Dictionary of Old Testament Theology and Exegesis*, editado por Willem A Vangemeren, (Carlisle, U. K.: Paternoster Press, 1997), tomo 2, p. 211.
[2] *Ibid*.
[3] R. Lair Harris, "*hesed*", *Theological Wordbook of the Old Testament*, editado por R. Lair Harris, (Chicago: Moody Press, reimpresión de 1981), tomo 1, pp. 306-307.
[4] Andrew Bowling, "*tôb*", *Dicionario internacional de teologia do Antigo Testamento*, organizado por R. Laird Harris, (San Pablo: Vida Nova, 1998), pp. 564-566; Robert P. Gordom, "*twb*", *New International Dictionary of Old Testament Theology and Exegesis*, editado por Willem A Vangemeren, (Carlisle, U. K.: Paternoster Press, 1997, tomo 2, p. 353.
[5] E. Beyreuther, "Bom, Belo, Bondoso", *Dicionário Internacional de Teologia do Novo Testamento*, editado por Colin Brown, (San Pablo: Vida Nova, 1985), tomo 1, p. 321.

La bondad divina puede verse desde el mismo comienzo, en los muchos preparativos de Dios para la aparición del hombre, la obra que coronó la Creación. La luz, el firmamento atmosférico, la vegetación, los animales, todo era bello, puro y perfecto. La evaluación divina, hecha cada día de aquella semana, constataba que lo que había creado era "bueno". Al finalizar la Creación, Él hizo una evaluación final, que abarcaba todas sus obras, y "vio que era bueno en gran manera" (Génesis 1:31). A lo largo de todo el Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos, Dios es presentado como el Único que es exclusivamente bueno (1 Crónicas 16:34; 2 Crónicas 5:13; Salmo 16:2; 118:1). En el Nuevo Testamento encontramos las palabras de Jesús "Ninguno es bueno, sino sólo uno, Dios" (Marcos 10:17, 18; Lucas 18:18, 19; Mateo 19:17). No obstante, el hecho de que únicamente Dios sea absolutamente bueno, no implica que el predicado "bueno" no pueda ser empleado para expresar las diferencias morales entre los hombres, esto es, distinguir a los buenos de los malos (Mateo 12:35; 25:21; Lucas 6:45; 19:7). [6]

La falta de bondad en el hombre

Cuando Dios dijo que todo lo que había creado era muy bueno, eso también hacía referencia al hombre. Al salir de las manos del Creador, era "muy bueno". Pero el pecado, aquél primer pecado, alteró drásticamente la condición humana. Ese pecado no consistió meramente en comer del fruto prohibido, sino lo que eso representaba. *"La desconfianza en la bondad de Dios* [la que hasta entonces había sido demostrada a través de la Creación perfecta y de las bendiciones de cada día y de la cual fueron llevados a desconfiar pensando que todo aquello encubría un bien mayor], *la falta de fe en su palabra* [Dios había dicho "de cierto morirás", y ellos no creyeron en eso], *el rechazamiento de su autoridad* [El había dicho "del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás", pero ellos comieron], *fue lo que convirtió a nuestros primeros padres en transgresores"*. [7]

En suma, contrariamente a la orientación divina, ellos escogieron conocer, relacionarse, con el mal, y por eso dejaron de ser buenos. Pecaron.

¿Qué es el pecado? La definición bíblica dice que "pecado es la transgresión de la ley" (1 Juan 3:4). Pecado es "la falta de conformidad con la ley". "Es dejar de conformarse con la Ley mora de Dios, ya sea en actos, en actitud o en naturaleza". [8] Las distintas palabras de los lenguajes bíblicos traducidos como "pecado" hacen referencia a tres aspectos: acto, actitud o disposición y naturaleza o estado.

1. *Acto*; matar, mentir, robar, adulterar, etc., son actos pecaminosos y buena parte de los Diez Mandamientos hacen referencia a eso. Pero pecado no es solamente un acto. En Santiago 4:17 leemos: "El que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, comete pecado". Aquí, el no acto es pecado.

2. *Actitud, disposición*: El décimo mandamiento habla de la codicia; en el Sermón del Monte, Cristo habló del odio al hermano (Mateo 5:22) y sobre codiciar una mujer (Mateo 5:28). Pablo, al hacer un listado de las obras de la carne en Gála-

---

[6] *Ibid*.
[7] Elena G. de White, La educación, p. 25.
[8] Wayne Grudem, *Teologia sistemática* (San Pablo: Vida Nova, 1999), p. 403.

tas 5:20, 21, incluye los celos, las iras y las envidias. Todas estas cosas no llegan a ser un acto en sí mismas, sino inclinaciones del corazón. Y son pecado.

3. *Naturaleza, estado*, una referencia a nuestra naturaleza depravada (Santiago 1:13-16). El Salmo 51:5 afirma: "En maldad nací yo, y en pecado me concibió mi madre". El primer pecado cambió la naturaleza del hombre. Éste perdió el deseo y la capacidad de servir y amar a Dios. [9] Esa naturaleza pecaminosa nos ha sido transmitida por herencia. Cuando Adán pecó por primera vez, se implantó un virus en la humanidad: el pecado. Un virus poderoso, que corrompe, degrada, debilita, esclaviza. Cada parte de nuestro ser está manchada por el pecado: el intelecto, las emociones, los deseos, el corazón y el cuerpo. La carta a los Romanos declara que fue por el pecado de un solo hombre –Adán– que nos encontramos en la condición de caídos, la cual nos conduce a la muerte (Romanos 5:12, 17a, 18a, 19a). Tenemos un corazón engañoso y corrupto, ansioso de practicar el mal (Jeremías 17:9) y capaz de encontrar justificativos para el mayor de los crímenes. Es de esa naturaleza corrompida que derivan los actos y actitudes pecaminosos (Marcos 7:21-23).

Ejercitemos la imaginación. Supongamos que Satanás hubiera llevado al hombre a cometer aquél primer pecado y fuese, inmediatamente y para siempre, apartado de nuestro mundo, ¿cuál sería nuestra condición? Tal vez no muy diferente de aquella en la que actualmente nos encontramos. Porque nuestros actos y actitudes pecaminosas son cometidos mucho más por causa del pecado que está en nosotros que a causa de las tentaciones que vienen fuera de nosotros de parte de algún demonio que está cerca (Santiago 1:14).

Nuestra condición es tal, que el pecado habita en nosotros (Romanos 7:17, 20); actúa en nuestros miembros como una ley o fuerza que esclaviza (Romanos 7:23); despierta toda clase de codicias (Romanos 7:8) y de pasiones pecaminosas (Romanos 7:5); y nos va conduciendo a la muerte (Romanos 8:5-8). Por eso, "no hay justo, ni aún uno… Todos se desviaron… No hay quien haga lo bueno, no hay ni aún uno… por cuanto todos pecaron" (Romanos 3:9-12, 23) y si decimos que no tenemos pecado, no decimos la verdad (1 Juan 1:8),

El plan de Dios para hacer bueno al hombre nuevamente

Dios planeó entonces cambiar nuestra condición y eso es posible a través de su plan de redención. Según este, Dios toma la iniciativa. El actúa con nosotros tal como actuó con Adán cuando éste pecó. Dios se acerca y pregunta: "¿Dónde estás?" (Génesis 3:9). El quiere reactivar la relación. El nos busca a través de su Espíritu (Juan 16:8-11; 1 Corintios 2:12; Gálatas 3:3), lo cual nos guía a la Palabra (2 Pedro 1:19-21), que es implantada en nosotros (Santiago 1:21; 1 Pedro 1:23, 25) y señala a Cristo (Juan 5:39), indicando que el Padre envió al Hijo como único Salvador (1 Juan 4:14; Hechos 4:12). Y cuando creemos en Él, somos perdonados (Hechos 16:31; 1 Juan 1:9); quedando libres de la condenación (Romanos 8:1); recibiendo su poder (Juan 1:12); nos convertimos en nuevas criaturas (1 Corintios 5:17) y cambiamos de reino: pasamos del imperio de las tinieblas al reino de Cristo (Colosenses 1:13). Somos justificados por la fe en Cristo y tenemos paz con Dios (Romanos 5:1). Liberados del pecado, somos siervos de

[9] White, p. 28.

la justicia (Romanos 6:18), y los miembros de nuestro cuerpo son ahora utilizados para practicar el bien (Romanos 6:8-14). Es verdad que el virus del pecado todavía permanece en nosotros, impulsándonos hacia abajo (porque únicamente cuando venga Cristo Dios lo retirará definitivamente de nosotros cuando seremos glorificados y nuestro cuerpo sea como el de Adán antes del pecado, 1 Corintios 15:51-58), pero si recibimos a Cristo, comienza a sernos aplicado un antivirus, un remedio eficaz: la gracia de Cristo, que es más poderosa que el virus del mal, la que nos conduce hacia lo alto. Esta medicina debe ser tomada por toda nuestra vida. No alcanza únicamente con llegar a Cristo, es necesario permanecer en Él (Juan 15:4, 5). Ahora su Espíritu, habitando en nosotros (Juan 14:16, 17), pasará a reproducir las virtudes cristianas, entre las cuales se cuenta la bondad (Gálatas 5:22, 23) que, como fruto, crecerá y madurará cada vez más. Otras metáforas bíblicas declaran que nuestro camino es como la luz de la aurora, que se va haciendo cada vez más brillante (Proverbios 4:18) y que nos volvemos más que vencedores (Romanos 8:37).

Mientras estemos en este mundo, caminando en dirección a Dios, el Supremo Bien, todavía seremos alcanzados por el mal, pero no obstante debemos recordar que Dios puede transformar las maldiciones en bendiciones, y que Él puede aún utilizar las cosas malas que nos suceden para nuestro bien. Tal como lo dice el apóstol: “Sabemos que todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios, los que han sido llamados según su propósito” (Romanos 8:28).

Una joven, conversando con su madre, le contaba cómo todo le estaba yendo mal en la vida: no había sacado una buena calificación en Matemáticas, su novio había decidido terminar con ella, y su mejor amiga se estaba mudando a otra ciudad distante.

Conociéndola, su madre la invitó a ir a la cocina para alegrarla un poco, donde le prepararía una sabrosa torta. Luego de colocar encima los utensilios y los ingredientes que –utilizaría, le preguntó:

– Hija, ¿quieres una porción de torta?

– Pues claro, mamá. Tus tortas son una delicia.

Entonces la madre le dijo: – Bueno, toma entonces este aceite de soja.

La muchacha se rehusó sin entender: – ¡Mamá! ¿Qué te pasa?

–¿Tal vez comer unos huevos crudos, hija?

–¡Nooo!

–¿Un poco de harina o algo de bicarbonato de sodio?

–¡Mamá! Eso no se puede…

La madre entonces explicó. En verdad, todas las cosas parecen malas cuando están solas, pero si las ponemos todas juntas, en proporciones correctas, se convierten en una deliciosa torta. [10]

En cierto sentido, Dios también obra de ese modo. A veces pasamos por momentos y circunstancias tan difíciles que nos preguntamos por qué esas cosas nos tienen que suceder justo a nosotros. Pero debemos confiar en que Dios sabe lo que está haciendo y que eso es lo mejor para nuestra vida. Si lo amamos, Él pondrá todas esas cosas en el orden exacto y, en conjunto, siempre significarán el bien. Algunas veces esto no lo podremos percibir en nuestra vida, pero cuando estemos en la eternidad y miremos hacia atrás, acompañados por nuestro Redentor, Él nos las explicará.

La bondad y la Ley de Dios

La Ley de Dios es una expresión, un reflejo, de su propia naturaleza. La Ley es lo que es porque Dios es lo que es. Si Dios fuera diferente de lo que realmente Él, y si Él fuera –por ejemplo– mentiroso, egoísta, cruel y vengativo, entonces los mandamientos reflejarían eso: serás mentiroso, egoísta, cruel y vengativo. Para que los principios de su Ley pudieran cambiar, Él entonces tendría que cambiar, pero –tal como lo sabemos a través de la Revelación– Dios es inmutable (Malaquías 3:6) y en Él "no hay mudanza, ni sombra de variación" (Santiago 1:17). [11] Felizmente, Dios es Santo, Justo y Bueno, por lo que entonces su Ley es Santa, Justa y Buena (Romanos 7:12).

Al crear al hombre, Dios quiso hacerlo como un ser moral con el que pudiera entablar relaciones personales, y por eso lo hizo a su imagen y semejanza (Génesis 1:26, 27), con una conciencia moral en la cual inscribió la misma Ley que es el atributo de su naturaleza (Romanos 2:11-16). El hombre también era santo, justo y bueno. Por lo tanto, había una perfecta armonía entre él y la Ley. Y era la intención divina que fuera siempre así. Sin embargo, vino el pecado y la Ley, que le mostraba al hombre perfecto la norma perfecta de Dios, no podía salvar al hombre pecador. Sólo podía apenas revelar su imperfección para que él reconociera y buscar la solución apuntada en el Evangelio: Cristo. Así, "en lo que respecta a la salvación, el Evangelio nunca sustituyó la Ley porque la Ley nunca fue un medio de salvación". [12] Cuando Jesús dijo que no había venido a abolir la Ley y los profetas (Mateo 5:17) El no se estaba refiriendo únicamente a su vida sin pecados, sino también a su muerte, cuando soportó todo el pecado del mundo. En realidad, la muerte de Cristo en la cruz establece o confirma la Ley en tres sentidos: 1) Al ser el pago, la muerte –exigida por la Ley en lo que respecta a la justicia– no se concreta; 2) Al corroborar con ella para cumplir con su propósito de llevar a los hombres a la fe en Cristo (Gálatas 3:24) y 3) Al proveer a los creyentes el potencial de cumplir con la Ley (Romanos 8:3, 4). [13]

---

[10] Adaptado de una ilustración contada en la materia de Homilética II, por R. S. Xavier (Universidad Adv. de San Pablo, campus Engenheiro Coelho), el 18 de noviembre de 2004.

[11] Ver Alfredo Borges Teixeira, *Dogmática evangélica* (San Pablo: Atena, 1958), pp. 92, 205, 217; Oden, tomo 1, p. 110; Louis Berkhof, *Teologia sistemática*, (Campinas: Luz Para o Caminho Publicações,1992), p. 371.

[12] J. F. MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Romanos 1-8* (Grand Rapids: Editorial Portavoz, 2001), p. 265.

[13] *Ibid*.

Pablo nos enseña que las buenas obras y la obediencia, no son requisitos para ser justificados y perdonados (Romanos 3:28). Al justificar a alguien, Dios no tiene en cuenta sus buenas obras, no importa cuántas sean. Dios tiene en cuenta la fe. No obstante, tal como el mismo apóstol afirma en el mismo capítulo (Romanos 3:31) y tratando el mismo tema de la salvación, el hecho de que las obras no entren en la justificación no significa que el cristiano no deba obedecer o no preste atención a los mandamientos de Dios. Antes, su fe restablecerá la Ley de Dios a través de la obediencia a la misma. La fe en Cristo para perdón de los pecados no anula la obediencia, sino que la produce. En otro de sus escritos (Tito 3:3-8), una vez más nos informa que somos salvos a causa de la benignidad y el amor de Dios; justificados por gracia y no por obras de justicia practicadas por nosotros. Sin embargo, aunque las obras no nos justifiquen, ni nos salven, deben estar presentes en la vida de quien ha creído, quien debe ser solícito (cuidadoso, diligente, activo) en la práctica de buenas obras. De hecho, las buenas obras no son un accesorio en la vida cristiana, algo que puede hacerse como que no. Están incluidas en el plan de Dios para nosotros "porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, que Dios de antemano preparó para que anduviésemos en ellas" (Efesios 2:10). Para aquél que no ha pasado por la experiencia de la conversión y no es un hijo de Dios, los mandamientos con una carga gravosa. Sin embargo, para aquél que cree en Cristo y tiene consigo su Espíritu, "sus Mandamientos no son gravosos" (1 Juan 5:3). Ellos pueden decir: "Me deleitaré en tus Mandamientos, porque los amo" (Salmo 119:47).

Al concluir la carta a los Gálatas, luego de presentar la preciosa verdad acerca del fruto del Espíritu (Gálatas 5:22, 23), Pablo hace un llamado a aquellos primeros lectores, el cual resuena en nuestros días con igual relevancia para nosotros: "No nos cansemos, pues, de hacer el bien, que a su tiempo segaremos, si no desfallecemos" (Gálatas 6:9). Por lo tanto, permitámosle a Dios que nos haga buenos y busquemos siempre hacer el bien.

Emilson dos Reis
Rector
Facultad de Teología – Univ. Adv. de San Pablo
Campus Engenheiro Coelho
Brasil



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática